

# HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

## PRESENTACION DE NERUDA (1)

POETA:

**A** QUI estábamos esperándoos, con las puertas abiertas, en ese gesto de sencilla y permanente acogida con que se abren, al término de los viajes, las puertas de todas las posadas. Y ésta que os tenía las puertas abiertas pretende, sin perder por eso su gesto sencillo, ofreceros algo que no alcanzan habitualmente a dispensar las posadas encendidas en la noche de los caminos: el fuego de la comprensión, al espíritu aterido del poeta.

No puedo presentaros, como es de uso en estas ocasiones, ante este grupo que os espera: os he anunciado comprensión, y nuestra comprensión empieza por el conocimiento. Se os conoce; las luces de la Posada del Corregidor estaban de antemano encendidas para recibiros; lo único que no conocemos es el último y precioso cargamento de ritmos y metáforas que habrá florecido en vuestro espíritu allá en las islas lujuriosas y en esa travesía interminable, por rutas de piratas, que os trajo de las Indias Holandesas aquí.

Sois joven; aunque os empinéis, no alcanzaréis todavía a asomar a los valles, un poco más encajonados, de la treintena. Y, sin embargo, están muy lejanos aquellos días en que la fronda estudiantil, lanzó a la fama, en las páginas de «Claridad», el nombre arbitrario de Pablo Neruda, tan henchido de resonancias que apagó las del propio nombre heredado de Neftalí Ricardo Reyes.

Muy lejanos aquellos días del «Crepusculario», en que decíais presentando vuestros versos:

---

(1) El 11 de Mayo en la *Posada del Corregidor*, sitio de evocadoras leyendas coloniales, en el que se reunen diariamente algunos aficionados a las cosas artísticas Alfonso Bulnes pronunció estas hermosas palabras de presentación del poeta Neruda quien dijo esa tarde cosas bellísimas. La presentación de Bulnes, es de lo más interesante que se ha dicho de Neruda entre nosotros.

Cierro, cierro los labios, pero en rosas trepantes  
se desata mi voz, como el agua en la fuente.  
Que si no son pomposas, que si no son fragantes,  
son las primeras rosas—hermano caminante—  
de mi desconsolado jardín adolescente.

Tiempo y espacio grande han mediado; mucho más grande el espacio que el tiempo; más distanciador el tiempo que el espacio. En los años corridos desde que el nombre de Pablo Neruda se imprimía por vez primera, la mudanza del mundo ha sido de esas que antes sólo operaban los siglos. Entre Batavia y Chile, hay continentes, razas, civilizaciones, climas, flores y faunas diferentes, todo, todo aquello que constituye las mayores diferenciaciones del planeta y sus seres, y los más potentes focos de influencias modificadoras del individuo. Entre los años en que el poeta se formaba y después irrumpía en «Claridad» y en el «Crepusculario», y éste en que ahora vivimos, se abre el abismo en que se pudrieron las formas de sentir, las reacciones de la sensibilidad, los ritmos más recónditos y la más esencial palpitación que vivificaban al alma antigua, y que más que en nadie vibraban en la antena sutil de los poetas.

¡Qué inmenso pudridero! No soy de los que creen que la humanidad asciende; no soy de los idealistas que dan el nombre de doctrinas a las direcciones que una evolución fatal impone a la raza humana; no soy tampoco de los reaccionarios que afirman el mérito intrínseco de las fórmulas del pasado. Creo que las masas humanas ondulan en movimientos de mares, periódicas e irresistibles; creo en la ley del aburrimiento; creo en la ley de la contradicción; creo que la humanidad no tolera el reposo sino en cuanto no lo advierte, y creo que en toda afirmación consciente de permanencia se inicia la descomposición.

Eso fué el siglo diez y nueve; eso fueron todavía los comienzos del veinte. Se había alcanzado la organización social definitiva, científica y racional; la pequeña concepción del mundo en la mente burguesa no sufría inquietudes, estaba cierta de ella misma, como estaba cierto de sí mismo el criterio positivo y experimental de la ciencia. ¡Qué gran seguridad! ¡qué grande aburrimiento! tan quieto estaba todo, como ha de ser la quietud en la verdad absoluta que no se nos alcanza.

Pero, algunos dudaron; los que dudaban no encontraron hueco en la tienda del campamento humano. Querían solamente explorar los alrededores, comprobar la solidez de los tirantes que afirmaban la tienda. Los echaron lejos, tan lejos que las voces, aunque se oían, ya no se concertaban. Y hubo generaciones en una orilla, y generaciones en la orilla opuesta. Todo lo hizo la

afirmación excesiva, todo lo hizo el aburrimiento de la afirmación, la fecunda ley del aburrimiento. Por entonces se elevaban a la dignidad de problemas inconciliables y de banderías cada uno de los inestables integrantes del equilibrio social trabajosamente alcanzado: la conservación o la revolución, la sociedad o el individuo, la patria o la humanidad, el trabajo o el capital. ¡Oh gran alteración de los ritmos!

En la antena sutil del poeta, vibraron agudizadas todas las contradicciones, toda la anhelante aspiración a dar ritmo y formas nuevas a la humanidad en desplazamiento. Y en la juventud, que siempre es poeta, en nuestra juventud, nació «Claridad» y una pléyade de muchachos poetas.

Pablo Neruda la encabezaba.

Yo hubiera querido, decía él entonces al ver su triunfo incontenible, que me hubiesen atacado e insultado, que hubiera pasado mucho tiempo antes de que me leyeran, que me costara mucho llegar. Esta pasividad me ha llenado de inquietud.

Inútil. Pablo Neruda triunfaba y precedía. Un crítico cultísimo de nuestro movimiento literario. Alone, en su «Panorama de la Literatura Chilena», divide en tres períodos la historia de nuestra literatura; titula cada período el nombre del escritor que en él ejerció mayor influencia; el tercero se denomina: «Pablo Neruda y el Caos»,

«el caos actual, dice en otra parte Alone, hervidero donde no se sabe si nace un mundo o un mundo está muriéndose».

Alone califica a Pablo Neruda, y justifica con ello el haberle puesto de jalón de época en su Panorama, de

«la gran figura y la grande influencia de las últimas generaciones. En Pablo Neruda, dice, podemos divisar, por vez primera, el caos poético... en que el mundo se sumergió después de la gran guerra. Es el único temperamento que recibió esa corriente de disoluciones fundamentales cuando estaba en plena formación, de los doce a los diez y seis años; y entre su estructura mental y la nuestra hay algunos siglos de distancia».

Y otro crítico, joven y brillante, temperamento combativo y paradójal, Ricardo A. Latcham, dice de Pablo Neruda, en un estudio que tituló «Diagnóstico de la nueva poesía chilena»:

Pablo Neruda es el verdadero profeta, desde 1923 hasta hoy, en el escueto campo del lirismo nacional... Su nombre significaba una bandera de combate; a su sombra se adscribían los entusiastas de la renovación; a su condena consagraba el pasado páginas arbitrarias. En Crepusculario tuvieron la Bi-

bliá por mucho tiempo algunos discípulos desdeñosos y olímpicos de cuanto oliera a pasadismo. *Crepusculario* es un libro que contiene versos de 1919. Son versos estupendos, limpios de influencia acnicadora; pero dotados de una virtud cordial y persuasiva.

Lo mismo han dicho de él y de su verso Silva Castro, García Oldini, Armando Donoso, Rubén Azócar y tantos otros.

Jalonando una época lo dejó Alone, y es un puesto que nadie le arrebatara. Como había entrado la poesía universal por aquellos días, entra con él la poesía chilena en lo que el crítico denomina el Caos.

Magnífica elevación de una época, marcarla con el sello del caos, porque si bien es cierto que en él se disolvió todo el pasado, todas las formas de sentir existentes y las reacciones de la sensibilidad que vivificaban al alma antigua, también es el caos el hervidero inicial de toda creación. Recordad que, en el Génesis, el Espíritu de Dios soñó, llevado sobre las aguas en ritmo misterioso, y que fué su sueño el primer poema que floreció en la historia: la vida de los seres y de los mundos.

En el caos poético del siglo veinte, los contornos del poema no se precisaban; las sensaciones se fundían; la idea se desconectaba en secciones de sombra; la inspiración era un crescendo trémulo, a veces arrebatado, de elementos que buscaban afinidades.

La estética de Neruda, dice Latcnam, se precisaba por aquel tiempo en una definición de la poesía de Paul Valéry, que él hizo suya: La poesía es una vacilación entre el sentido y el sonido.

¡Qué lejos estamos de la poesía anecdótica o de la simplemente realista del siglo diez y nueve y de los comienzos del veinte! La poesía es ahora una vacilación, la poesía es una incoherencia: ¡cómo, también, pedir unidad y contornos en el primer día del Génesis!

Pero, no vayamos tan atrás; entre Adán y Paul Valéry, el río humano ha arrastrado muchas aguas; han pasado modalidades diversas de una a otra generación, y se han repetido modalidades. La historia es una lucha permanente, sorda a veces e imperceptible, violenta otras, entre el impulso de creación, palpitante en el individuo sometido apenas, y el esfuerzo de conservación, parapetado en la sociedad; entre la tonalidad simplemente romántica y a veces caótica de las épocas, y la tonalidad clásica; entre el Espíritu de Dios, mecido por el ritmo en la tiniebla primera, y la naturaleza legislada.

De lo romántico a lo clásico, y de lo clásico a lo romántico,



es el ritmo alterno. Estamos ahora en lo romántico, en un período hiperestesiado de lo romántico, estamos en el caos; la poesía es una vacilación entre el sentido y el sonido; tratemos de comprender hasta en su última penumbra el lenguaje difícil del poeta de hoy.

En los cortos años que median del «Crepusculario» a hoy día, Pablo Neruda mismo ha recorrido una larguísima trayectoria. Si comparamos con las últimas composiciones publicadas el «Crepusculario», que en sus tiempos pareció escrito en lenguaje difícil y en técnica arbitraria, hallaremos en él melodía, estrofa, rima, los elementos sensuales, discretos es cierto, que halagan el oído. Yo he citado, al comenzar, los primeros versos del volumen; estoy cierto de que a los oídos de Pablo Neruda aquellos versos sonarán a pegajosa tonada de organillo; el poeta es así: deja a los demás la ofrenda de la belleza que ha creado, y él parte descontento en busca de una distinta belleza.

Pablo Neruda espiritualiza cada vez más el verso; la fuerte sensualidad de su emoción hace más tensa la frase. He ahí el dualismo que en él se acentúa: sensualidad y espiritualización.

Y ahora, poeta que nos traes el don de ritmos y metáforas, desata las telas de oriente de ese cargamento, y regálanos esas frases que ya no se sabe si son música, si son líneas, si son color o si son palabras y que son, como una síntesis, poesía.—A L F O N - S O B U L N E S .

## DAVID HERBERT LAWRENCE, NOVELISTA DE TESIS

**U**N caso verdaderamente extraordinario en la literatura contemporánea es el del novelista inglés D. H. Lawrence. Los grandes problemas de la vida parecen estar, desde el comienzo de este siglo, ausentes casi por completo del campo literario. La literatura occidental se ha transformado en un juego de decadencia, en la expresión hiperestésica de un individualismo feroz. El escritor se aferra con una desesperación inteligente y angustiada a lo único que conserva aún algún sentido: las formas más íntimas del alma y su más secreto contenido, cuando no hace más que vanos juegos de palabras o de ideas, o pasea por la tierra empequeñecida y familiar unos ojos cansados y anémicos, y la mira a través de un monóculo elegante y sutil. Hay en casi todos ellos y en los mejores de entre ellos—Gide, Proust, Joyce, Mann—mucho arte y mucha inteligencia.